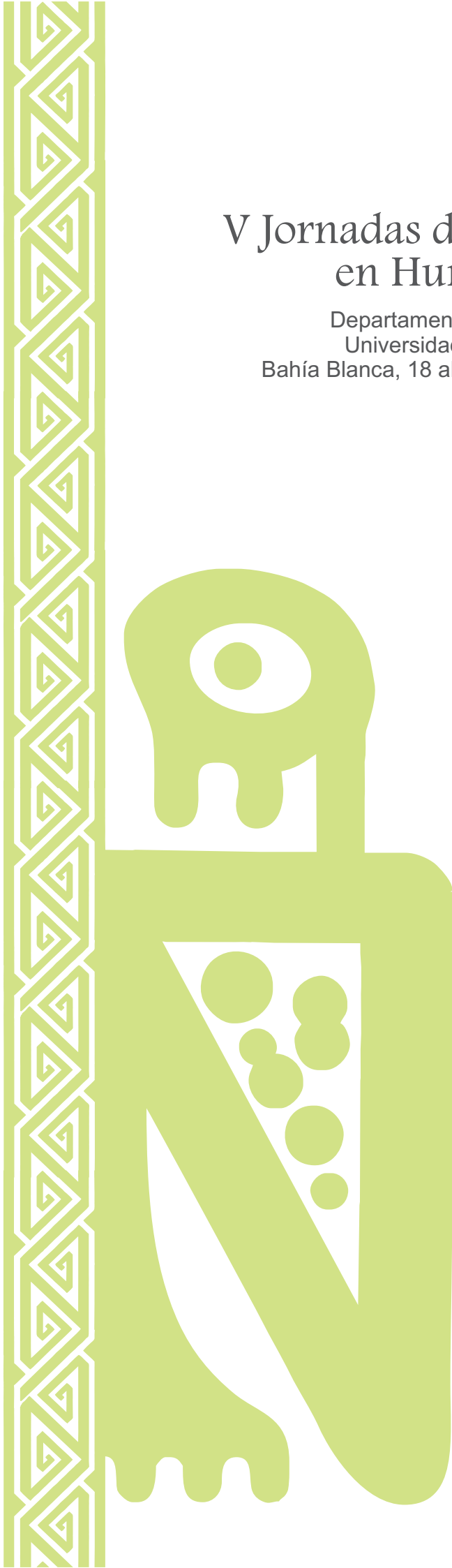


V Jornadas de Investigación en Humanidades

Departamento de Humanidades
Universidad Nacional del Sur
Bahía Blanca, 18 al 20 de noviembre de 2013

www.jornadasinvhum.uns.edu.ar



Volúmenes Temáticos de las
V Jornadas de Investigación en Humanidades

coordinación general de la colección
GABRIELA ANDREA MARRÓN

Volumen 5

**Vinculación entre
docencia, investigación y extensión**

MARTA NEGRIN
LAURA IRIARTE
(editoras)

Integralidad de las prácticas e interdisciplina: un desafío para el área de los Estudios Clásicos

Viviana DIEZ
Universidad de Buenos Aires
vividiez@yahoo.com

Jimena PALACIOS
Universidad de Buenos Aires
jimopal@gmail.com



Introducción

La integralidad de las prácticas de docencia, investigación y extensión como propuesta y desiderátum político y ético nos interpela especialmente por nuestra disciplina de formación, las Letras y, en particular, las Clásicas (Tommasino - Rodríguez, 2011). Es por ello que la presente comunicación tiene como punto de partida nuestras experiencias con el trabajo territorial como integrantes del equipo “Actualidad y Antigüedad en diálogo” perteneciente al Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC), que depende la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En dicho marco, llevamos adelante el taller de reflexión “Acerca de las mujeres y sus relatos: continuidades y rupturas en las formulaciones culturales y sociales de lo femenino”, cuyas participantes viven en el barrio de Barracas.

Nos proponemos en esta presentación un doble objetivo: por un lado, compartir una descripción de la actividad llevada a cabo que dé cuenta de los logros obtenidos y los obstáculos encontrados; por otro, indagar ciertos interrogantes que se abrieron a partir de esa práctica. Dichos interrogantes giran en torno a la posibilidad de articulación entre la clase de investigaciones que llevamos a cabo y el trabajo en el territorio, los saberes requeridos para este tipo de tarea de extensión (Canciani - Wanschelbaum, 2009) y los riesgos reduccionistas de

sostener la meta de la integralidad sin atender a las particularidades de cada disciplina. Finalmente, nos interesa plantear algunas tensiones en el plano del abordaje interdisciplinar (Follari, 2005), vinculadas a la especificidad de este concepto y a la simplificación de las relaciones entre Ciencias Sociales y Humanidades que, a nuestro juicio, obstaculizan el trabajo con otros actores de la comunidad académica con los que compartimos objetivos en cuanto a la acción comunitaria.¹

La experiencia en el territorio

Desde 2010 formamos parte del equipo que, integrado por docentes, graduados y estudiantes de Letras Clásicas y Ciencias Sociales, desarrolla sus tareas en el ya mencionado CIDAC. Este espacio tiene como principal objetivo establecer y consolidar programas permanentes que integren y articulen las prácticas de extensión, investigación y docencia con proyección comunitaria desde la perspectiva de la innovación social y de manera intersectorial, es decir, involucrando más de una institución. En este marco, nuestro equipo propuso la realización de una serie de actividades que parten de la centralidad de los discursos en la configuración de la cultura (la actualidad), la potencialidad del trabajo con contenidos propios del mundo grecorromano (la antigüedad) y la necesidad de intercambio dentro y fuera de los ámbitos estrictamente académicos para pensar una y otra vez estos objetos (el diálogo). Nos planteamos el desafío de dirigirlos a diferentes espacios institucionales y grupos etarios, especialmente a aquellos que no reciben en general este tipo de propuestas.² A partir de estos objetivos, el taller que llevamos a cabo y es objeto de la presente reflexión se planteó como propósito la creación de un ámbito de colaboración en el que a lo largo de diferentes encuentros las mujeres participantes pudieran compartir y/o acercar las fantasías, preocupaciones, temores y saberes, propios y ajenos, sobre su condición femenina para cuestionar la naturalización de situaciones de sometimiento, descalificación de aptitudes y capacidades, e ideales

¹ Las ideas preliminares de esta ponencia fueron presentadas y discutidas en las II Jornadas de Trabajo sobre las Teorías y Prácticas Territoriales. Sistematización de experiencias del CIDAC, realizadas los días 13 y 14 de marzo de 2013.

² Además del taller dirigido a mujeres adultas, propusimos otras actividades, de las cuales podemos mencionar, a modo de ejemplo, el espacio de arte y reflexión: "La construcción del discurso cómico" y los encuentros de debate sobre las prácticas judiciales en la actualidad, destinados a jóvenes y jóvenes adultos y a adultos y público en general, respectivamente.

hegemónicos. La modalidad elegida fue la de taller, lo cual implicó la utilización de técnicas participativas y, con el propósito de enriquecer el intercambio, se estimuló la reflexión sobre las representaciones de lo femenino con la ayuda de productos culturales que fueran cercanos y conocidos por las participantes (cine, plástica, publicidad, etc.). A partir de estas aproximaciones preliminares, las coordinadoras presentamos a las participantes en diferentes soportes (visuales o relatos orales u escritos) relatos míticos de la antigüedad clásica, que permitieron establecer un vínculo fructífero con los relatos contemporáneos anteriormente visitados. Esta intervención procuraba que las continuidades y rupturas observadas promovieran la reflexión acerca de en qué medida tales construcciones culturales inciden en las (auto) representaciones de cada una. Sostenemos que las mujeres carecen de espacios suficientes y específicamente destinados a la reflexión de la representación y la autorepresentación de nosotras mismas como individuos y como grupo. Entendemos que el trabajo con relatos míticos de la antigüedad grecolatina, muchos de ellos conocidos, facilita el distanciamiento y construcción de una perspectiva histórica y cultural, elemento central para la desnaturalización de los estereotipos

Luego de una primera convocatoria a familias del barrio, logramos concretar tres encuentros con una asistencia de seis o siete mujeres cada vez. Las reuniones fueron siempre muy animadas y participativas y las asistentes comentaban que el espacio les interesaba y pensaban volver. Sin embargo, salvo dos participantes en particular, varias no concurren a más de un encuentro (rotación). En el tercer encuentro evaluamos que la propuesta funcionaba satisfactoriamente, porque a partir de los disparadores propuestos aparecían vivencias personales y reflexiones novedosas en el seno del grupo (“no lo había pensado”, “a mí me pasó tal cosa en el jardín de mi hijo”).

En definitiva, en el desarrollo de la experiencia pudimos constatar el reconocimiento del problema abordado como un área de interés genuino entre las asistentes y la posibilidad de la constitución de un espacio de participación, intercambio y confianza entre mujeres. Ahora bien, esta recepción positiva de nuestra propuesta no se tradujo en una convocatoria más amplia y sobre todo sostenida, por la mencionada rotación en la conformación del grupo que perjudicaba la continuidad de las actividades. Además nos sorprendió que a lo largo de los encuentros, las vecinas reiteraran su desconocimiento del espacio del CIDAC. Estas observaciones nos llevaron a rastrear aquellos elementos que entendemos como los principales obstáculos en este tipo de experiencias territoriales. En el desarrollo de la actividad identificamos, en primer

lugar, las dificultades a las que se enfrentó nuestra institución para darse a conocer en el barrio y constituirse en un espacio visible y convocante. La presencia de la Facultad de Filosofía y Letras resultaba sorprendente y, posiblemente sobre la base de los imaginarios circulantes acerca de la actividad universitaria, desligada de las vivencias y necesidades de los habitantes de la zona. En segundo lugar, a esta situación descripta, debe sumarse la escasa experiencia en el barrio cercano al CIDAC de iniciativas colectivas protagonizadas por mujeres, tal vez más habitual en espacios de política partidaria, sindical o de movimientos sociales. Consideramos que esto influyó sobre la forma en que nuestro espacio de taller siempre apareció muy ligado con las actividades de Apoyo Escolar (horarios, mención del taller como para “mamás”). Este vínculo muestra cómo la asistencia a las reuniones estaba limitada por la tarea del cuidado de los niños y niñas a cargo y el modo en que las posibles actividades fuera del hogar y del trabajo se relegan a un plano secundario condicionado por otras demandas. En tercer lugar, advertimos que la relación de las mujeres con el espacio (con el CIDAC, en general, y con el taller, en particular) estaba mediado por las relaciones entre las participantes en su condición de vecinas, de modo tal que los conflictos cotidianos impactaban directamente en la continuidad/discontinuidad de la asistencia. Estos elementos nos llevan a señalar lo que consideramos un obstáculo central para la concreción de iniciativas que, desde la extensión universitaria, apunten a un modelo participativo de desarrollo e inclusión comunitaria. Esta es la gran dificultad de institucionalización de estos espacios como lugares posibles de participación y motorización de mejoras en lo cotidiano. En nuestra opinión, es necesario un esfuerzo específico de instalación en el territorio y de establecimiento de vínculos entre la comunidad académica y el resto de los actores (habitantes del lugar, otras instituciones) que permitan la generación de una representación de ese espacio –en cuanto a su potencialidad, objetivos y modalidades– que habilite y aliente la pertenencia de los sujetos involucrados en su gestión en el mediano y/o largo plazo. Si bien esta es tarea que debe darse cualquier organización social o política (partido, iglesia, movimiento, etc.), consideramos que en el caso de la universidad la dificultad es mayor puesto que aparecen desconocimiento, falta de saberes, concepciones y prejuicios estrechamente vinculados con la escasez de una tradición en la articulación de las prácticas de extensión, docencia e investigación.

Reflexiones sobre la experiencia: integralidad de las prácticas e interdisciplina

En el inicio de estas actividades, el primer interrogante al que nos enfrentamos fue cuestionarnos acerca de los aportes que los estudios clásicos y sus investigadores somos capaces de hacer a la comunidad. Esta pregunta se plantea con frecuencia no solo por parte del conjunto de la sociedad, en general ajena a las lógicas de producción y circulación del saber, sino en el seno de la misma academia, como lo hemos comprobado a partir del estupor de ciertos colegas frente a nuestro proyecto de extensión. En nuestra opinión, esta postura recoge acriticamente la existencia de preconcepciones relacionadas con ciertas prácticas en el campo de la filología que a su vez son subsidiarias de una concepción laudatoria y esencialista de la antigüedad que la constituye en modelo de civilización. Si bien estas formas de concebir nuestro objeto son verificables en la historia de los estudios clásicos, han sido superadas por otros modos de abordaje, que desde luego generan tensiones al interior de nuestro campo y que sorprendentemente son desconocidos al interior de la academia, pese a que la renovación de perspectivas afecta de modo similar a todos los objetos y espacios disciplinares. En este sentido consideramos necesario explicitar nuestra postura respecto de los textos clásicos y su abordaje, que coincide con los estudios que combinan la filología más tradicional con los aportes de muchas otras disciplinas y en particular de los estudios culturales. Específicamente, aquellas investigaciones que hacen a la identidad y la diferencia en las sociedades grecorromanas. En efecto, las tendencias académicas de las dos últimas décadas del siglo XX confirman una de las lecciones que los estudios clásicos han aprendido de los estudios culturales: las culturas, incluyendo las culturas clásicas, no consisten en una simple, autorizada tradición, sino en una tradición múltiple de discursos, prácticas y valores en competencia (Schein, 1999). Conjuntamente, se ha instalado también el debate acerca de la objetividad científica fundada en la “inocencia” política y en el saber desinteresado, valores esenciales en la consecución del lugar de privilegio que ocupó la filología durante los siglos XVIII y XIX (Goldhill, 1994).

Por otra parte, un rasgo fundamental de nuestras investigaciones, que debemos puntualizar, se vincula con el estatus de los objetos de estudio. Frente a otras disciplinas que trabajan con sujetos o problemáticas actuales, como “filólogas” en nuestro quehacer cotidiano estudiamos representaciones textuales y no sujetos “reales”. Insistimos con este estatuto de representación porque no consideramos que los

textos literarios que nosotras estudiamos sean fuentes de las que podamos recabar datos sobre la “realidad” de los sujetos, sino que estas representaciones, entonces, nos muestran cómo sus experiencias reales o imaginarias fueron inscriptas por ellos o por otros, en tanto manifestaciones concretas de sus saberes, temores, fantasías y preocupaciones culturales y sociales en torno a distintos temas.³

Justamente, el punto de partida de nuestro trabajo de extensión reside en la utilización de las representaciones como disparadores de procesos de ampliación de conciencia, en términos de género, individual y colectiva. En este sentido, advertimos la articulación entre nuestras investigaciones personales y este trabajo en la extensión. Sin embargo, claro está que, vista la índole de nuestro objeto de estudio, no pudimos comprobar lo mismo en sentido inverso, es decir, que este trabajo hiciera un aporte concreto y específico a nuestras investigaciones, más allá del enriquecimiento que toda actividad asumida como significativa implica. De todos modos, esto nunca fue nuestro objetivo primordial, aunque parece estar prescripto por lo planteado como “integralidad de las prácticas”. El interrogante acerca de una praxis verdaderamente orientada por dicha integralidad nos interpela puesto que es parte del modelo que universidad con el que coincidimos. Además, la hemos visto funcionar en otros equipos. Sin embargo, advertimos limitaciones en la posibilidad de articularla en nuestro campo de especialización. En este sentido, frente a renunciar porque “somos de clásicas”, creemos que es necesario especificar el concepto de integralidad en función de cada disciplina y alejarse de descripciones generales, muy limitadas a la hora de orientar el quehacer universitario. Esta reflexión, que se funda en el diálogo y la praxis (Tommasino-Rodríguez, 2011: 38-39) constituye una agenda a desarrollar si queremos que la articulación entre docencia, investigación y extensión al servicio de la transformación de la realidad trascienda el voluntarismo y la expresión de deseo.

Paralelamente, la intervención concreta en el territorio nos llevó a preguntarnos acerca de los saberes requeridos para esta tarea de extensión.⁴ Como indicamos recién, el punto de partida de nuestra propuesta de trabajo se sustentó principalmente en las teorías y problemas que hemos abordado en nuestras áreas de incumbencia

³ Cabe señalar que esta forma de entender los textos como puntos de partida para la recuperación de componentes ideológicos y no datos de la realidad, es decir entenderlos como fuente, es objeto de controversia al interior de nuestra especialidad.

⁴ Utilizamos el concepto de saberes en el sentido propuesto por Canciani –Wanschelbaum (2009: 124-125; 131-134) que incluye los denominados “saberes en y para la lucha”.

disciplinar e investigaciones. Sin embargo, en la actividad concreta observamos que teníamos necesidad de otras herramientas no específicas de nuestra formación. Estas, a nuestro modo de ver, se podrían reunir en dos grupos distintos. Por un lado, conceptualizaciones relacionadas con el trabajo en territorio, propios de las Ciencias Sociales. Por otro, habilidades generales de animación grupal y de creación y sostenimiento de vínculos intersubjetivos. A partir de estas necesidades, participamos de un Seminario Interno del CIDAC que se realizó a partir de las supuestas falencias en la formación de quienes formábamos parte de ese espacio, especialmente de aquellas/os que provenimos de las carreras rotuladas como Humanidades.

La experiencia fue solo parcialmente satisfactoria porque consideramos que la división tajante entre Ciencias Sociales y Humanidades es, por lo menos, simplificadora. Tomemos por caso nuestra modalidad de trabajo en el ámbito de los estudios clásicos. Nuestras investigaciones procuran abordar los discursos sociales en su conjunto y en vínculo con sus circunstancias materiales de producción. De este modo abarcamos géneros discursivos que exceden aquellos determinados exclusivamente por su intención estética o poética. Es evidente, entonces, que para este enfoque resultan insoslayables los instrumentales teóricos-metodológicos provenientes de otras disciplinas y por ello que nos resulta difícil establecer límites claros que separen lo Humanístico de las Ciencias Sociales. Es consecuencia de esto que planteemos la necesidad y productividad de la interdisciplina –a pesar de las dificultades del concepto (Follari, 2005)– en el abordaje de nuestros problemas de investigación, como por ejemplo la representación del cuerpo, la identidad y la diferencia o las dinámicas de la legitimación de la dominación material y simbólica en un corpus de textos producidos en un contexto dado. Este modo de trabajo permite también el desarrollo de ciertos saberes en la relación con el territorio en el trabajo de extensión que son desconocidos para nuestros colegas de otras disciplinas y, a nuestro modo de ver, obstaculizan en trabajo conjunto a partir del imaginario vigente acerca de qué puede hacer un filólogo.

Pero volviendo a las necesidades de capacitación para la intervención comunitaria, pensamos que hay una zona de saberes imprescindibles que no son frecuentes en los espacios de capacitación universitarios. Opinamos que los saberes a los que nos referimos son propios del trabajo militante, más allá de su origen disciplinar.⁵ Estos

⁵ Por ejemplo, caracterización de la coyuntura de trabajo, coordinación de reuniones, diseño e implementación de dinámicas participativas adecuadas, etc.

recursos “llegaron” a nuestro trabajo territorial provenientes de muy diversas experiencias previas, dentro y fuera del ámbito académico, incluyendo especialmente las relacionadas con la práctica docente en todos los niveles, formales e informales. Desde el punto de vista de la integralidad, advertimos con claridad que el desarrollo de este tipo de talleres ha enriquecido dicha práctica docente.

En suma, a partir de la experiencia descrita y de las instancias de capacitación y sistematización sobre la misma en las que hemos participado, creemos que el desarrollo de un modelo de universidad que postule la integralidad de las prácticas tiene pendiente la especificación metodológica de esta concepción en función de cada disciplina, puesto que su formulación suele tener un carácter bastante abstracto. Al mismo tiempo, resulta fundamental, a nuestro juicio, que cualquier trabajo territorial parta de un abordaje interdisciplinario que se aparte de esquematismos que atribuyen saberes en función de determinados trayectos de formación sin provocar un diálogo que, incluyendo a los saberes populares, pueda ir más allá de los enfoques establecidos. Por último, vemos con cierto reparo que la llamada integralidad se transforme en un imperativo que fuerce, excluya o reduzca la voluntad militante, que se propone cierto grado de transformación social, en cada uno/a de nosotros/as. Por ejemplo, ¿se haría trabajo territorial en un espacio o con una población ajena a los intereses u objetos de la investigación que se estuviera desarrollando? En otras palabras, nos preguntamos si, por temor a las implicancias, por cierto muy negativas, de nociones como el asistencialismo o la beneficencia, se busque justificar la inserción de nuestra actividad de extensión en el ámbito institucional de la universidad desde una concepción meramente utilitaria diluyendo, de este modo, nuestro compromiso personal e ideológico con dicha actividad.

Bibliografía

- Canciani, M.L. y Wanschelbaum, C. (2009) “Saberes, sujetos y luchas sociales en la historia argentina reciente”, en: Puiggross, A. y Rodríguez, L. (eds.) *Saberes: reflexiones, experiencias, debates*, Buenos Aires, Galerna, pp. 123-139.
- Follari, R. (2005) “La Interdisciplina Revisitada”, en: *Andamios*, vol. 1, n° 2, pp. 7-17.
- Goldhill, S. (1994) Reseña de Sorkin Rabinowitz-Richlin (1993), *BMCR*, <http://bmc.brynmawr.edu/1994/94.01.15.html>

- Schein, S. L. (1999) "Cultural Studies and Classics: Contrasts and Opportunities", en Falkner, M. – Felson, N.–Konstan, D. (edd.) *Contextualizing Classics. Ideology, Performance, Dialogue*, Oxford, Rowman & Littlefield, pp. 285-299.
- Tommasino, H. y Rodríguez, N. (2011) "Tres tesis básicas sobre extensión y prácticas integrales en la Universidad de la República", en: *Cuadernos de Extensión*, vol. 1, n° 1, pp. 19-42.